

LEER E HISTORIZAR LOS DISCURSOS COLONIALES¹

Carmen Perilli

Como crítica literaria me obsesiona la delimitación de una mirada y el empleo de una *caja de herramientas* acorde con la complejidad discursiva de la cultura colonial, en particular, y de la literatura latinoamericana, en general. Hablo y escribo desde y sobre América Latina en una universidad, inmersa en el mar de zozobras que son estas latitudes, a despecho de los discursos oficiales del neoliberalismo. Mis reflexiones están vinculadas tanto a la producción como a la docencia, espacios en los que resulta inevitable plantearme modos de leer e historizar discursos coloniales. Así surge el libro *Colonialismo y escritura en América Latina* en cuyo subtítulo —la sentencia de una acusada de hechicería *Ya béis que es oy tiempo al rebés*— se conjugan el pasado español, la metáfora del Tucumán sacudido por el autoritarismo y el neoliberalismo de fines de milenio.

Imposible no tener en cuenta estructuras de actitud y referencia al replantearme la necesidad de hacer historia de la literatura y la cultura. No solo se trata de lograr que Clio *re-visite* los discursos coloniales, sino que frecuente las llamadas otredades. Para armar una trama que se ajuste a este objetivo es necesario tener en cuenta *puntos de condensación*; lugares en los que, como señala Sarlo, «todo parece estar presente, donde la historia que la trama intenta contar da la impresión de ser el lugar de confluencia de una cantidad de historias que, tiempo después, quizás vuelvan a separarse». (Sarlo, 1986). La segunda tarea es la de la interpretación en la medida en que «toda literatura debe leerse como una meditación simbólica sobre el destino de la comunidad» (Jameson, 1989).

1. Agradezco la atenta escucha de Rossana Nofal así como los aportes de Alan Rush.

Un itinerario por los mundos coloniales debe enriquecerse con los estudios de las últimas décadas, sin abandonar cierta cautela, como pide Schwartz (1986) ante las modalidades vernáculas signadas por *la angustia de la novedad* y la ausencia de exploraciones consecuentes. Un nombre —el de Ángel Rama— se encuentra en el origen de la construcción de tramas: *La ciudad letrada* es, por cierto, uno de los más vigorosos intentos de dar cuenta del mundo colonial, un modelo explicativo que aún estamos desarrollando.

Los encuentros, liderados por Rama y editados por Pizarro, están dominados por la intención historicista —«si la crítica no construye obras, sí construye una literatura» (1985: 18)— a la luz de elementos como proceso y estructura, zona literaria, período y región, cultura y lengua. Dejo de lado la dudosa propuesta de un comparatismo contrastivo, en exceso recortada sobre el horizonte de los estudios literarios europeos. En cuanto a los estudios coloniales se hace hincapié en la necesidad de incorporarlos al *corpus*, en su diversidad y con autonomía de la lengua en la que fueron formulados, al mismo tiempo que trabajar las producciones, teniendo en cuenta la función histórica.

Considero que no se ha otorgado la verdadera importancia al pionero trabajo de Beatriz Pastor (1983) que recorre el discurso narrativo imperial construyendo su *corpus* a la luz de la mitificación y la demitificación del referente, en una actualización de la propuesta posorientalista de Said. Su relevancia reside en la articulación de una visión deconstructora, al mismo tiempo que totalizante de la escritura del conquistador. Walter Mignolo agita las lecturas coloniales cuestionando la visión tradicional de los estudios literarios, postula relaciones diferentes entre *canon* y *corpus*, centradas en la relación oralidad/escritura y la colonización del espacio. Todos sus textos arman una red conceptual para dar cuenta de las semiosis coloniales, teniendo en cuenta tanto los discursos españoles como los indígenas en su clásico artículo sobre tipos discursivos de la conquista y la colonización —centrado en la perspectiva del colonizador— se complementa con los análisis de la cultura mesoamericana: «Coloquio de los Doce Sabios en Anáhuac o los huehuetlatolli». La propuesta de hablar de *lados de la letra* así como de producciones discursivas soslaya el restrictivo término literatura. El crítico argentino explora la serie letra/territorio, discursos/colonia para proponer el concepto *semiosis colonial* que abre el espacio de la letra a la voz y la imagen.

La descolonización de la crítica colonial es un proceso constatable en el salto producido en las lecturas de los ochenta y noventa. Rolena Adorno y Antonio Cornejo Polar se acercan a la producción discursiva del período, a la luz de conceptos como *totalidad contradictoria* y *red de negociaciones discursivas*, buscando resolver conflictos como los de la estructura y el proceso, vitales en el camino de construcción de una historia.

Cornejo Polar parte de un trabajo filológico —el *Discurso en Loor de la Poesía* de la Anónima peruana— para arribar a las arriesgadas lecturas de *Escribir en el aire* donde pone en acto sus teorizaciones sobre la heterogeneidad con poca prolijidad, como producto de la necesidad de probar una hipótesis aunque logra su objetivo: establecer la posibilidad de trabajar el proceso histórico, en este caso a la luz de la antinomia homogeneidad/heterogeneidad. Resulta particularmente fecundo su llamado a *historiar la sincronía* de los textos coloniales. El mayor aporte radica en la lectura contrapuntística de crónicas y wankas a partir de la narración del episodio de Cajamarca como condensación significativa.

La introducción de la cuestión del otro en los estudios coloniales impuso la definición de posicionamientos del sujeto colonizado/colonizador, a partir de elementos como focalización o lugar de enunciación (Adorno). También inquietó lo suficiente como para auscultar textos no frecuentados en busca de voces silenciadas. Pero la categoría de la *alteridad*, como quedó bien demostrada en la prosa lírica de *La Conquista de América* de Todorov, tiene una peligrosa labilidad que conlleva su abuso y banalización. De golpe, la diferencia se convierte en la protagonista, desoyendo cuestiones como la de la traducción.

Coincido con Nelly Richard en que «Lengua, historia y tradición, no son totalidades inquebrantables, sino yuxtaposiciones provisorias de multirelatos no coincidentes entre sí que se pelean sentidos históricos en batallas de códigos materiales e interpretativos» (1993, 39). Pero no puedo dejar de señalar la importancia de la operación misma de la traducción, realizada siempre desde y en el sistema hegemónico, desde donde hoy se plantean tales preguntas. Por otro lado sigo apostando a la literatura, de cuyos saberes no debemos abjurar sino —independizándonos de los empobrecidos destinos de las instituciones oficiales— convertirlos en resistencia desde la memoria, rescatar la tradición, combatiendo el olvido. (Ya Cornejo Polar señalaba la importancia de rescatar no solo los siglos coloniales entregados por los nacionalismos sino los discursos indígenas).

El fracaso de proyectos como los de Iñigo Madrigal y Pizarro nos alertan contra la falsedad de una historia de la literatura construida a partir de fragmentos curiosamente desconectados entre sí, productos de una selección desigual que oscurece no solo vastas zonas de la literatura colonial sino, lo que es más grave, sus articulaciones —los resultados de encuentros como los organizados por Julio Ortega y Lucía Costingan / Beatriz González revela una coherencia mucho mayor. Dos son los problemas: cómo hacer una historia sin dejar por eso de tener en cuenta las complejas relaciones entre estructura y proceso, cómo dar cuenta de la singularidad de los sujetos, representaciones y mundos sin abandonar el horizonte de la totalidad y la producción de una interpretación.

Releyendo los documentos de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana, JALLA, sorprenden los alcances de los mismos. Los encuentros realizados en América Latina, a diferencia de otros, apuntan hacia nuevos caminos. Casi homogéneamente se advierte su apuesta a la lectura de otredades, desde una ambigua posición frente a la literatura (Rojo: 1997). Si Martín Lienhard pone sobre el tapete la expresión *literatura alternativa*, en su estudio de las relaciones entre la voz y la letra, apuesta a la existencia de una corriente literaria paralela y John Beverley escandaliza con su ataque a la literatura centrada en el testimonio, la advocación, le sirve a Raúl Vallejo para inaugurar Jalla-97 Quito trazando una sola línea desde Guaman Poma de Ayala a Rigoberta Menchú. La sensación que recorre al observar la uniformidad de los planteos nos conmueve a muchos. En todas las mesas se repiten los mismos lugares comunes. Se escenifica un combate que huele a los campos del norte, no se discuten agendas, se las da por establecidas. En un encuentro de literatura latinoamericana se llega a lamentar la abundancia de trabajos sobre literatura. El malestar queda flotando: las agendas no están en discusión, descienden desde un espacio otro. Modificar esto se transforma en una necesidad ya que volvemos a la problemática de la teoría sobre América Latina pero no desde América Latina, con lo cual aceptamos las exóticas latitudes de llamada subalternidad.

Volviendo a los estudios coloniales, *The Dark Side of Renaissance*, de Walter Mignolo, es el proyecto más ambicioso de dar cuenta del trabajo de las producciones coloniales, a la luz de conceptos como colonialismo y modernidad. Este texto que, lamentable y llamativamente, no posee traducción castellana, queda fuera del alcance de la mayoría de las aulas latinoamericanas dirigiéndose así al especialista en habla inglesa. El recorrido realizado por el autor, a la luz del concepto colonización (de la escritura y del territorio), permite dar cuenta de la formación de una textualidad. Al mismo tiempo tiene en cuenta elementos como región y período, formulando un canon colonial alternativo al institucional.

Si se parte de imaginarios enfrentados se debe poder leer estos movimientos en los textos. El imperio, al imponer una lengua construye un territorio discursivo sobre las diferencias, estableciendo una peculiar interacción entre formas hegemónicas, residuales y emergentes. Guaman Poma, sujeto colonizado, escribe al igual que el Lunarejo desde la ciudad letrada, y con menor circulación que Espinosa Medrano. Si no podemos olvidar que Guaman Poma traduce los discursos de Domingo de Santo Tomás y Francisco de Victoria y que su retórica debe muchísimo a los discursos de la extirpación de idolatrías tanto al sermón como al jurídico al mismo tiempo que es el fundador del mito del Inkarrí, tampoco es serio postularlo como génesis de una práctica escrituraria ya que el texto no circuló. La idea de intelectual orgánico y de subalterno debe manejarse cuidadosamente.

Cuando Thomas Kuhn habla de los paradigmas científicos señala la importancia que, en la constitución de los mismos, tiene el conflicto y la lucha por el poder. Sus primeras construcciones afirman la intraducibilidad, la incommensurabilidad y la incomunicación de paradigmas pero luego considera que el hecho de que los dos elementos primeros no impiden la traducción posterior. Los encuentros entre distintos modelos científicos o culturales enfrentan terribles dificultades pero no necesariamente son irrealizables. Podemos llegar a habitar en dos paradigmas, en dos mundos dentro de la cultura. La incommensurabilidad se da en el momento de choque, pero existe una posibilidad relativa de habitar otros universos culturales, comparar valores y creaciones. La lectura de Kuhn nos sirve como punto de partida para pensar acerca del recorrido por mundos y narraciones de la colonización americana.

No solo es absurdo postular horizontes de comprensión comunes sino que no se puede ignorar el contexto de situación: los *contactos culturales* se producen en situaciones extremas en las que el lenguaje parece colapsar, bajo los efectos de la violencia histórica y natural. Una profunda desigualdad entre las posiciones de los sujetos exasperan la diferencia convirtiéndola en intraducible otredad o arman espejismos de semejanzas que la aniquilan, borrándola. Existen grandes diferencias entre el «orientalismo» y el «occidentalismo». «Indias Occidentales», el «Nuevo Mundo» y, finalmente, «América», son las sucesivas palabras claves de macrorelatos del Occidentalismo para expandirse. Las diferencias radicales entre el Occidentalismo y el Orientalismo son, primero, que el Occidentalismo comienza a gestarse a fines del siglo XV con la emergencia de las «Indias Occidentales» en el panorama de la cristiandad «europea»; segundo, que el «Occidentalismo», a diferencia del «Orientalismo», es el discurso de la anexión de la diferencia más que de la creación de un opuesto irreductible: el «Oriente». Precisamente, «Indias Occidentales» es el nombre que anexa la diferencia al Estado y es el nombre que se mantiene en todo el discurso legal del imperio hasta su caída. «Nuevo Mundo» y «América» comienzan a articularse más tarde, como discurso de la «cultura», mas no como discurso del «Estado» (Mignolo, 1999).

Si se plantea la acción de la cultura conquistadora como homogénea, se corre el riesgo de hacer generalizaciones torpes, que ignoren las características de la cultura imperial española que, dentro del «occidentalismo», representa un momento particular, unido todavía a la narración religiosa de la universalidad católica, no la de la modernidad europea. Paradójicamente la avanzada de la modernidad sobre América se hace en nombre de narraciones medievales. En el diseño histórico-cultural español tiene gran importancia la cultura popular, que, como bien se ha demostrado, es una cultura de la voz.

Mis lecturas me llevan a concluir que solo transformando e integrando dentro del código propio se pueden asimilar nuevos sujetos, discursos y repre-

sentaciones; de ahí la gran importancia que cobra la narratividad. Las narraciones son protagonistas, transforman las nuevas realidades en textos de cultura. Al mismo tiempo la hegemonía y continuidad de las mismas están en estrecha relación con la imposición de un orden militar y político. «El poder para narrar, o para impedir que otros relatos se formen y emerjan en su lugar, es muy importante para la cultura y para el imperialismo, y constituye uno de los principales vínculos entre ambos» (Said, 1993: 13). No solo se trata de culturas con narraciones maestras diversas sino de situaciones de ruptura, que instauran una batalla de textos y versiones, un combate de traducciones e interpretaciones.

Las culturas construyen archivos a partir de la memoria que se construye en y contra el olvido; lo vence solo y en cuanto lo transforma en mecanismo. Leerlas aisladas de la materialidad que las secreta reduce su comprensión al naturalizar discursos que dependen de su lugar de enunciación. No se puede construir una historia de la literatura y la cultura de América Latina sin considerar las relaciones entre imperialismo y cultura, en su doble vertiente de dominación y resistencia. «Lejos de constituir un plácido rincón de convivencia armónica, la cultura puede ser un auténtico campo de batalla en el que las causas se expongan a la luz del día y entren en liza unas con otras» (Said, 1993: 14).

El Nuevo Mundo se dice en dos grandes tipos de narraciones: narraciones de conquista y narraciones de contraconquista. Las primeras arrancan de la experiencia imperial castellana y encuentran su fundamento en narración religiosa de las cruzadas medievales. Las otras surgidas en la fractura de los imaginarios de los grupos indígenas se reformulan a partir del impacto de la opresión, intentado, desesperadamente, construirse una historia que las integre al mundo. «Imposición de nombre» clama el Inca Garcilaso. «Vaciamiento de un cosmos» insiste Eduardo Subirats, denunciando la perversidad de una colonización que hoy continúa. Además hay que tener en cuenta la desaparición y cambios de función que sufren los especialistas en la palabra.

Abundantes narraciones legitiman la primacía de la Letra como Cultura sobre la Voz como Naturaleza. Entre ellas las primeras imágenes que el arte occidental ofrece de América; por ejemplo el famoso cuadro de Vespucci con la pluma frente a la mujer desnuda, puro cuerpo, esperando su inscripción. También la máquina de *historias mentirosas* de las crónicas de indias, en los que el mundo caballeresco triunfa sobre salvajes y demonios, por igual. El imperio apoya sus acciones en mitos blancos, en algunos casos reformulaciones de la narración de reconquista o en los surgidos al contacto con la tierra americana. Es interesante tener en cuenta la forma en que el discurso narrativo de la conquista reactiva formaciones residuales del archivo europeo, como es el caso del imaginario de caballería o discursos como crónica.

Las narraciones indígenas son silenciadas o reformuladas. Es el caso de la mitología de Quetzalcóatl/Santo Tomás o de Tonatzin/Guadalupe. Se produce un corte que, a su vez, posibilita la reconstrucción de la memoria de los pueblos conquistados, en función de la continuidad; la historia que va del guadalupanismo indígena al guadalupanismo criollo. Las narraciones indígenas resisten en la utopía. El mito del Inkarrí se repite una y otra vez. Guaman Poma de Ayala inscribe la muerte de Atahualpa y la decapitación de Tupac Amaru del mismo modo resguardando la historia en el diseño del mito. Las condiciones de producción de discursos en situaciones de conquista no dejan otra posibilidad, que las de *diálogos provisionarios*, como marca Sara Castro Klarén. La figura del intérprete es central: la Malinche «cala hondo» en su lengua indígena y atraviesa, «corta» la lengua extraña, apretada de los invasores, situándose entre varios sistemas de transmisión (Margo Glantz). Si los intérpretes tienden un puente dudoso entre las culturas, la ajenidad de códigos entre ellas y la presencia de la violencia lo hace intransitable.

Para poder construir una historia de las prácticas discursivas no se puede abandonar el concepto de hegemonía y, sobre todo, el de totalidad. Se trata de dar cuenta del período colonial a partir de una historia de las principales narraciones culturales, relacionadas por condensaciones significativas. Hay un espacio dominante, el de la cultura hegemónica con todas sus variantes y por la lengua española. No podemos renunciar a él, solo desde ese espacio pueden leerse las narraciones de resistencia y oposición. Creo que no se puede sucumbir ante metáforas tan atractivas como «las tretas del débil» de Ludmer que, si nos provee de una llave para penetrar en la retórica de la respuesta de Juana, nos arrastra a un peligroso lugar de interpretación, el de la subalternidad, condenado a un pensamiento elusivo; un *locus amoenus* que propone una cierta adaptación a «la debilidad».

Si la construcción social de los hechos históricos depende del control de las producciones discursivas, las operaciones de traducción implican traicionar, torcer. «En Occidente hacer historia lleva a la escritura; los mitos han sido reemplazados por una práctica significativa que, en cuanto práctica es el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado, de sustituir la oscuridad del cuerpo vivido con un querer saber y dominar el cuerpo; transformar la tradición en texto; convertirse en página en blanco que ella misma pueda llenar» (De Certeau, 19).

Solo se puede *trascender el occidentalismo* transformando nuestra tradición en texto, estableciendo campos propios, construyendo categorías geohistóricas que enfrenten a los imperios, partiendo de la rearticulación de la historia y la geografía. La etapa actual de globalización, no solo por la creciente magnitud de las corporaciones transnacionales sino también por sus objetivos, incrementa la importancia a la localización. O, lo que es lo mismo, al restituir el

espacio restituyen las historias locales y al restituir las historias locales disminuyen la idea de una dupla constante entre occidente y el resto del planeta. En ese sentido no creo que haya que asumir el lugar de la subalternidad, que, es en el fondo el de la localización que produce el imperio en los espacios coloniales. Si el canon es *el arte de la memoria literaria*, creo que en América Latina, continente azotado por el analfabetismo, se impone armarlo y transmitirlo, organizando lecturas desde la pluralidad pero sin renunciar a la materialidad de la literatura.

Rebelarse contra lecturas colonizadoras supone recorrer y rescatar la colonia como red discursiva, como totalidad, no ceder su interpretación a mediadores privilegiados, disputar el poder de interpretación de nuestros discursos desde América Latina, apropiarnos de la agenda crítica, sin dejar de tener en cuenta las interacciones con el centro imperial, oponer una narración crítica de resistencia. «Entre nosotros, en cambio, no hay un solo tiempo: todos los tiempos están vivos, todos los pasados son presentes. Nuestro tiempo se nos presenta impuro, cargado de agonías resistentes. La batalla es doble. Luchamos contra un tiempo que, también, se divierte con nosotros, se revierte contra nosotros, se invierte en nosotros, se subvierte desde nosotros, se convierte en nombre nuestro» (Fuentes).

OBRAS CITADAS

- Adorno, Rolena. «El sujeto colonial y la construcción de la alteridad», *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año XIV, No. 28, Lima, 1988.
- América Latina. Palavra, literatura e cultura, Vol A situação colonial*, Memoria, 1993.
- Cornejo Polar, Antonio. «La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias», *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, Ana Pizarro (comp.), ob. cit.
- *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima: Horizonte, 1994.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la Historia*, México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- Fuentes, Carlos. *Tiempo Mexicano*, México: Joaquín Mortiz, 1987.
- Glanz, Margo. «La Malinche: la lengua en la mano», *Dispositivo*, vol. XVIII, No. 45.
- González, Beatriz; Costigan, Helena. *Crítica y Descolonización: el sujeto ecolonial en la cultura latinoamericana*, Caracas: Univ. Simón Bolívar, Univ. Ohio, 1992.
- Iñigo Madrigal, Luis (coord.) *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid: Cátedra, 1982 (dos tomos).
- JALLA La Paz, Memorias, Bolivia, 1993.
- JALLA Quito, ponencias publicadas en *Kipus*, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 1998.
- JALLA Tucumán; Memorias, Tucumán, 1995.

- Jameson, Fredric. *Documentos de cultura, Documentos de barbarie*, Madrid: Visor, 1989.
- La literatura latinoamericana como proceso*, Centro Editor de América Latina, 1985.
- Lienhard, Martin. *La voz y su huella*, Lima: Horizonte, 1992.
- Ludmer, Josefina. «Las tretas del débil», *La sartén por el mango*, González/Ortega (coord.), Puerto Rico: Huracán, 1985.
- Mignolo, Walter. «Tradiciones orales, alfabetización y literatura (o de las diferencias entre el canon y el corpus)», mimeo.
- «La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)», *Dispositio* vol. XI, Nos. 28-29, pp. 137-160, Department of Romance Languages, University of Michigan The University of Michigan.
- *The Darker Size of Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*, Ann Arbor: The University of Michigan, 1995.
- «Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina», mimeo.
- Ortega, Julio; Amor y Vázquez, José, ed. *Conquista y contraconquista. La escritura del nuevo mundo*, México: El Colegio de México-Brown University, 1994.
- Pastor, Beatriz. *El discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana: Casa de las Américas, 1983.
- Perilli, Carmen. *Colonialismo y escritura en América Latina. Ya béis que oy es tiempo al rebés*, Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, 1998.
- Pizarro, Ana. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, México: Colegio de México y Universidad Simón Bolívar, 1987.
- Rama, Ángel. *La crítica de la cultura en América Latina*, Venezuela: Ayacucho, 1985.
- Richard, Nelly. *Masculino/Femenino*, Santiago de Chile: Francisco Zegers, 1989.
- Said, Edward. *Cultura e imperialismo*, Barcelona: Anagrama, 1996.
- *Orientalismo*, Madrid: Libertarias, 1990.
- Sarlo, Beatriz. «Clío revisitada», *Punto de vista*, año IX, No. 28, noviembre 1986.
- Schwartz, Roberto. «Nacional por substracción», *Punto de vista*, año IX, No. 28, noviembre 1986.
- Subirats, Eduardo. *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Madrid: Anaya y Marico Muchnick, 1991.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. La cuestión del otro*, México: Siglo XXI, 1987.
- Williams, Raymond. *Sociología de la cultura*, Buenos Aires: Paidós, 1992.